

DISCURSO
DEL
FÜHRER-CANCELLER
ADOLF HITLER

EN EL
CONGRESO DEL PARTIDO NACIONALSOCIALISTA
EN NÜREMBERG

(13 DE SEPTIEMBRE DE 1937)



P R E F A C I O

El discurso pronunciado por el Führer-Canciller alemán el 13 de Septiembre de 1937 en el Congreso de Nuremberg, no es sólo una de sus muchas y transcendentales oraciones políticas, sino además una lección histórica de interés decisivo para todo el mundo y en especial para España.

Con diáfana claridad y mano maestra expone Hitler la trama criminal y monstruosa del comunismo revolucionario fomentado desde Moscú, los métodos de que se vale para penetrar en las naciones civilizadas, las ayudas que recibe de organizaciones internacionales y las consecuencias fatales de su aparición, que por desgracia vemos confirmadas en la zona del soviet español. Existe una comunidad de origen y una comunidad de procedimientos en todas las revoluciones bolcheviques y el resultado final de todas ellas es el mismo, a saber: parálisis de la producción, desorden y anarquía, hambre y miseria... pero, sólo para el pueblo, no para los dirigentes, para ese conglomerado absurdo y degenerado de viejos políticos, trabajadores que nunca han trabajado, aventureros de toda calaña, judíos usureros y masones envenenados por el odio. No son ellos, dice Hitler, los representantes de la España legítima, como pretenden ciertos Estados democráticos que al ayudarles contribuyen a la destrucción de la cultura occidental, sino Franco y sus hombres, españoles auténticos, que defienden la civilización

en una lucha homérica de enorme transcendencia universal e histórica.

De esta lucha precisamente es de donde saldrá la España grande del mañana, del mismo modo que de la Guerra Mundial y de las crisis consecutivas ha salido la Alemania pujante y rejuvenecida del nacionalsocialismo. El esplendor de la misma, que a través del discurso de Hitler se adivina, es guía, ejemplo y esperanza de lo que va a ser España en lo futuro, cuando la santa cruzada del Movimiento Nacional haya sido bendecida por la victoria.

¡Compañeros y compañeras del Partido!
¡Nacionalsocialistas!

Faltan pocas horas para que termine el IX Congreso del movimiento nacionalsocialista. De nuevo, durante ocho días, ha estado la nación alemana bajo las impresiones de su gran festividad. Millones de alemanes, dentro y fuera de la Patria, han seguido con atenta emoción lo que algunos centenares de miles han presenciado por sí mismos y han podido observar con sus propios ojos.

¿Cuándo se ha presentado mejor ocasión para convencerse de la realidad del nuevo Estado alemán, qué en esta semana de su mayor y más demostrativa revelación? Una y otra vez se desliza la vista hacia atrás, pensando en lo vivido e intentando una comparación con tiempos pasados; pero también una y otra vez nos convencemos todos de que estas manifestaciones sobresalen tanto en su forma y fuerza persuasiva de las demás vistas hasta la fecha, que sólo pueden compararse entre sí.

No se han creado siguiendo algún ejemplo anterior, sino que son patrimonio exclusivo del Partido Nacionalsocialista, tanto respecto a su contenido ideológico, como a su organización. Ya en la época de lucha por el poder tenían estas manifestaciones los rasgos esenciales de su carácter actual, y desde entonces se han desarrollado a tal altura y profundidad, que cada vez parece imposible una mayor superación.

Sin embargo, en el presente Congreso del Partido (llamado Congreso del Trabajo) creemos comprobar nuevamente un progreso con respecto al del año 1936. Más que en los de los años anteriores se ha apreciado en este Congreso la grandeza de la misión educativa del nacionalsocialismo. La síntesis, alabada tantas

veces, de hermosura corporal y espíritu elevado, parece llegar a su realización.

En la semana transcurrida se ha podido presentar a la Nación, tanto el cuadro sintético del gigantesco trabajo espiritual y objetivo de los últimos doce meses, como los primeros resultados de la nueva educación física de las últimas generaciones alemanas. El ritmo de esta grandiosa demostración de la fuerza y solidaridad nacionales, así como de su disciplina espiritual y organización, ha sido tan admirable, que no puede sustraerse a su influencia nadie que haya presenciado o seguido simplemente estos días con despierta atención.

Esto no tiene realmente nada que ver con el patriotismo superficial y de poco fuste, que en decenios pasados era valorado muchas veces, por desgracia, como energía nacional y en realidad sólo era una apariencia vacía de sentido.

Lo que en esta semana nos ha conmovido en ocasiones más profundamente ha sido la profesión de fe de una nueva generación en el ideario nacionalsocialista, y más de una vez han estado cientos de miles de personas bajo la impresión de no hallarse en una manifestación política, sino pendientes de una profunda oración! ¿Quién puede sostener que tal efecto sólo depende de la forma?

No, lo que aquí se ha presentado en la forma, es la manifestación externa organizada de una idea.

Esta manifestación nos satisface cada vez más, porque comienza a igualarse poco a poco con la grandeza de nuestro ideal. El nacionalsocialismo no ha determinado sólo una revolución espiritual de nuestro pueblo, sino que además ha modificado considerablemente la apariencia y presentación externas de los alemanes.

Pocos decenios bastarán para que el Congreso del Partido llene por completo todas las esperanzas de nuestro credo político; los concursos deportivos, acoplados a la parte puramente espiritual de nuestro ideario, contribuirán a formar el nuevo tipo del hombre alemán: hombres de acero y mujeres hermosas reunidos cada año en esta ciudad, testimoniarán en siglos venideros que se ha cumplido esta misión del nacionalsocialismo.

Con ello se refutará por fin de modo terminante lo que dicen

algunos entre nosotros, y especialmente casi todos los que no tienen nada que ver todavía con el movimiento, de que esta nueva Alemania no es más que la resurrección de la antigua.

Todos mis compatriotas que han tenido la suerte de presenciar en los ocho días pasados lo ocurrido en Nuremberg, deben haber notado, subconscientemente por lo menos, que lo visto por nuestros ojos no se ha presenciado antes jamás.

No se trata de una resurrección, sino de algo nuevo y único que no ha existido todavía en la historia alemana, puesto que nunca como hoy han sido tan idénticas la orientación espiritual y la educación volitiva de nuestra Nación con las obligaciones naturales de su independencia política.

Jamás como ahora ha sido idéntica la ideología del pueblo alemán a las leyes eternas vitales de la naturaleza y por lo tanto igual a las de la Nación y de sus condiciones primordiales de vida. ¡Nunca el programa ideológico ha estado tan exclusivamente condicionado por el instinto de conservación de nuestro pueblo y jamás ha existido una concordancia tan clara entre la orientación espiritual y el aspecto físico de los alemanes como en el Estado nacionalsocialista!

¿Quién hubiera creído posible en Alemania este milagro hace diez o veinte años, salvo los pocos partidarios de nuestro movimiento en aquella época? ¿La transformación ocurrida no ha superado y dejado atrás por completo a todas las esperanzas de los llamados «grupos nacionales», inclusive a las más aventuradas? ¿Quién procedente de los mismos no ha de reconocer hoy con profunda satisfacción que a nuestro pueblo se le ha dado una fortaleza que está muy por encima de todas las ilusiones que antes pudieran hacerse?

Ahora bien, hemos de hacernos cargo que tal movilización de las máximas energías espirituales y corporales de una nación sólo es posible en un momento y ambiente histórico adecuados para ella. Entre las misiones de un movimiento verdaderamente grande debe incluirse también la obligación de comprender las condiciones que han provocado su aparición y que son requisitos de su desarrollo.

En los tiempos apáticos del liberalismo burgués alemán no hubiera sido posible jamás conseguir en nuestro pueblo un aumento tan considerable de su energía y de la conciencia de su misión histórica. Del mismo modo que el organismo pone en juego sus máximas potencias vitales en el momento en que tiene que defenderse contra una enfermedad que le amenaza, así también los pueblos se ven obligados al máximo aumento de sus energías latentes cuando está amenazada o comprometida su existencia.

Precisamente viendo esta exhibición demostrativa de la fuerza y energía de nuestro movimiento y por lo tanto de nuestro pueblo, ¿no tenéis, todos mis compatriotas, la sensación de que tal movilización del cuerpo y del espíritu sólo puede ser el resultado y la consecuencia de un motivo obligado? ¡Cuántas veces reflexionamos muchos de nosotros en lo que sería de Alemania si la suerte nos hubiera proporcionado en el año 1914 un triunfo fácil y rápido!

Desde un punto de vista elevado, lo que entonces deseábamos de todo corazón hubiera sido sólo una desgracia para nuestro pueblo. El triunfo habría tenido seguramente consecuencias muy desagradables, porque no hubiésemos dado importancia a ciertos hechos escalofriantes que indican el camino que ya en aquella época emprendía Alemania. Los pocos que entonces se atreviesen a advertir el peligro, habrían caído en ridículo.

¡El Estado, apoyado y sostenido sólo por las fuerzas militares visibles, se hubiera transformado, más pronto o más tarde, en destructor de su propia existencia y de sus fundamentos vitales, por desconocer en absoluto la importancia de las fuentes de energía racial de su pueblo! Nos hubieran afectado los mismos procesos que hemos podido observar en muchas otras naciones después de su triunfo aparente. ¡En lugar de apartarnos del precipicio gracias a la gran catástrofe, habríamos sucumbido lenta y seguramente a los tóxicos solapados de la descomposición interna nacional!

Para nosotros puede considerarse como demostrada la certidumbre del sabio proverbio que dice: «Muchas veces se manifiesta también por un castigo el profundo amor de la Providencia hacia sus criaturas».

De la penuria de aquella catástrofe surgió la idea nacional-socialista y con ella el credo político de la regeneración interna del pueblo, que no tiene nada que ver con una nueva organización externa del Estado, en forma por ejemplo de restauración dinástica.

A esta penuria debe también el movimiento nacionalsocialista su organización peculiar. Únicamente en un mundo de enemigos pudo desarrollarse el Partido hasta llegar a una organización de lucha, apta en un momento determinado para la contienda decisiva por el poder. Asimismo, gracias a las continuas persecuciones y prohibiciones se verificó un proceso continuo de depuración, que ha dotado a la Nación de entusiastas del movimiento nacionalista, en lugar de los políticos débiles de tipo antiguo.

La necesidad hizo no sólo que el movimiento se apoderase del poder estatal, sino también que desde entonces encontrase y utilizase todos los elementos necesarios para la ejecución de sus ideas y propósitos. En lugar del Partido nacionalsocialista se ha colocado el pueblo alemán, guiado por aquél, y que a su vez está sometido a influencias semejantes a las que antes experimentaba el Partido. El mismo enemigo que provocó nuestra aparición y que luego en el curso de la lucha contribuyó a aumentar nuestras fuerzas, nos amenaza hoy igual que antes; para conseguir sus propósitos, apela a toda clase de mentiras y violencias.

No se trata en nuestro caso de una lucha por mezquinos intereses dinásticos, por ampliar fronteras o por conseguir miserables beneficios financieros. Se trata de luchar contra una verdadera pandemia que amenaza infectar a todos los pueblos, contra una contaminación de las naciones, cuyo carácter peculiar es la universalidad de su aparición.

Nosotros conocemos el motivo de esto último, puesto que no es en realidad una enfermedad rusa o española, como tampoco fué en 1918 una alemana o en 1919 una húngara! Ni los rusos, ni los alemanes, húngaros o españoles han sido o son los agentes de esta enfermedad, sino un parásito internacional de los pueblos, que se halla extendido desde hace muchos siglos en el mundo entero y que ahora ha llegado al máximo de su poder destructivo.

Sólo un despistado puede dejar de comprender que existe una conexión interna indudable entre las múltiples manifestaciones de perturbación de la vida y estructura política y social de los pueblos, así como de su economía o de su cultura tradicional. ¡Únicamente el que a toda costa quiera esconder el pico bajo el ala dejará de darse cuenta de lo que los mismos inspiradores mentales de esta pandemia manifiestan abiertamente y sin recato!

Se necesita una bendita inocencia para negar al bolchevismo su carácter internacional y revolucionario, precisamente en una época en que él mismo no deja pasar un día sin hacer constar que la misión revolucionaria mundial constituye el abecé de su programa y por lo tanto la base de su existencia.

Sólo un político demócrata-burgués puede dejar de reconocer lo que sin duda alguna es el fundamento teórico del movimiento rojo universal y lo que además constituye en realidad el carácter más decisivo del mismo. No es el nacionalsocialismo el que ha afirmado por primera vez que el bolchevismo es internacional, sino al revés, es este último el que siempre ha mantenido solemnemente su carácter universal como sucesor consecuente del marxismo.

Además, si algún súbdito del Occidente de Europa niega a pesar de todo que el bolchevismo es internacional, es decir, que persigue un fin de este tipo con medios y métodos iguales para todo el mundo, es de temer que tal filósofo afirme en seguida de modo análogo, o sea sin fundamento, que el nacionalsocialismo no piensa luchar por Alemania o el fascismo por Italia a pesar de sus programas respectivos.

Yo sentiría mucho, sin embargo, que no se nos creyera y del mismo modo lamento que se niegue al bolchevismo lo que él mismo quiere y proclama ser.

¡Por otra parte, el que no tiene la menor idea de la magnitud de este peligro mundial y sobre todo el que por razones de política interior o exterior no quiere creer en el mismo, deja de apreciar intencionadamente o con facilidad una serie de cosas que podrían convencerle de la existencia de esta amenaza universal!

No se dará cuenta, por ejemplo, de que en la actualidad el mundo está lleno de conmociones revolucionarias, ni tampoco, por-

que no quiere verlo ni reconocerlo, de que estas conmociones son dirigidas y provocadas por un organismo central.

¡No podrá negar, sin embargo, que todas estas revoluciones se verifican bajo la misma bandera y la misma estrella! ¡Ni que reciben de Moscú hasta el lienzo de su símbolo revolucionario! ¡Con todo, se negará a suponer o admitir con franqueza que lo dicho tenga lugar desde allí intencionadamente!

Un político burgués de esta índole no podrá negar tampoco la realidad de las luchas económicas internacionales, que poco a poco arruinan por completo la producción y con ello los fundamentos vitales de los Estados. No podrá borrar la realidad de que todas estas luchas cursan según un plan uniforme, que todos los agitadores han pasado por la misma escuela y que el apoyo financiero tiene lugar siempre por un solo Estado. Lo que ocurre es que no quieren reconocer que detrás de todo existe un plan intencionado, porque ello no encuadra en el esquema mental y espiritual de la comodidad político-burguesa.

Tales políticos no podrán negar, por ejemplo, la identidad entre el Dimitroff que aparece bruscamente en España y el Sr. Dimitroff que dirige en Moscú la III Internacional, el Dimitroff que pretendió desencadenar en Berlín la revolución bolchevique, o el que verificaba en Sofía atentados políticos. Ninguna duda cabe a este respecto.

El político burgués de nuestras democracias cree ver en ello sólo la coincidencia casual de las diversas aventuras políticas de un individuo privado, deseoso de viajar y que tan pronto actúa en un sitio como en otro. ¡No supone que obre según un encargo superior o según un plan uniforme!

Esto último no encajaría ni en la confusión mental de tales políticos ni en el concepto simplista de su ideario, si es que tienen alguno.

¡Compañeros y compañeras de Partido!

Nosotros, nacionalsocialistas, vemos claramente las causas y postulados de esta lucha que hoy inquieta al mundo y sobre todo apreciamos el alcance y extensión de la misma. ¡Se trata de un fenómeno de gigantesca importancia en la historia universal! Es

el mayor peligro para la cultura y civilización de la humanidad que ha existido desde el derrumbamiento de las naciones de la antigüedad.

¡Esta crisis no puede compararse con cualquiera de las guerras o de las revoluciones anteriores! Se trata de una magna ofensiva universal contra la estructura actual de la sociedad y contra nuestro mundo cultural y espiritual. Esta ofensiva no sólo va contra la propia esencia de los pueblos, sino también contra su organización interior, sus jefes de la misma raza, su vida espiritual, sus tradiciones, su economía y todas las demás instituciones que caracterizan la naturaleza, carácter e historia de estos pueblos o naciones.

Esta ofensiva es tan amplia que abarca en su campo de acción casi todas las funciones de la vida humana. No puede calcularse cuanto va a durar y es seguro que desde el advenimiento del cristianismo y de la marcha triunfal del mahometanismo o del protestantismo, no ha existido un proceso semejante en la historia.

Del mismo modo que en épocas pasadas las grandes luchas ideológicas, casi siempre de carácter religioso, influían sobre todos los procesos vitales y los arrastraban en su esfera de acción, así también ocurre hoy lo mismo con la revolución mundial bolchevique.

¡Esta actúa como un veneno lento de los pueblos y no se detiene ante una repulsa! ¡Y del mismo modo que en épocas pasadas no podían librarse de tales catástrofes o revoluciones mundiales algunas naciones o personas determinadas, simplemente porque pensasen de otro modo, así tampoco puede salvarse hoy alguien del peligro comunista sólo porque niegue que existe o no crea en su peligrosa influencia!

Estoy convencido de que los políticos del mundo democrático no tienen el menor deseo en ocuparse de los problemas comunistas. Dejando esto aparte, lo cierto es que aunque no quieran tendrán que hacerlo, y de un modo u otro su democracia se hundirá en ruinas.

Esta peste mundial no va a pedir permiso a las democracias para sustituirlas por la dictadura marxista, sino que las va a eliminar del mapa, salvo que ellas se lo impidan. El modo de lograr esto último no es por medio de negativas platónicas o

renuncias más o menos solemnes, sino por una vacunación del pueblo contra este veneno y una lucha contra el portador universal del bacilo.

Esta vacunación es además muy necesaria, porque en nuestra estrecha Europa los destinos de las diversas naciones se hallan íntimamente ligados entre sí. Como Europa es un conjunto de pueblos y naciones que durante siglos se ha desarrollado poco a poco, creciendo las naciones de modo paralelo y completándose y estimulándose mutuamente, de ahí que el contagio de un pueblo de este conjunto no sólo sea lamentable para el mismo, sino además decisivo para los restantes, que no pueden considerar el caso como algo simplemente interesante.

Del mismo modo que en una escuela no pueden dejarse juntos los niños sanos con los afectados por una enfermedad contagiosa, así también en Europa no es posible a la larga una convivencia próspera y feliz entre los pueblos, si en el seno de ellos existen algunos que, atacados por tóxicos infecciosos, no se ocultan en afirmar que desean contaminar también a los demás.

Por lo que respecta a la Alemania y a la Italia actuales, se ha conseguido ya una protección contra el peligro, porque tanto el nacionalsocialismo como el fascismo han procurado eliminar de la estructura nacional todas las flaquezas que pueden favorecer la penetración de los venenos bolcheviques.

De ahí que la cuestión no se haya resuelto con un restablecimiento aparente y falto de sentido espiritual de la situación anterior (que ya en su tiempo era incapaz de salvarse del veneno bolchevique), sino por medio de una reorganización interna y consciente de nuestra nación; no se ha dado importancia fundamental al Estado y a sus organismos, sino a la Nación y a sus características raciales.

Las impresiones de todo lo ocurrido durante los ocho últimos días en la ciudad de los Congresos del Partido, permiten apreciar lo acertado de nuestra conducta en comparación con la política de restablecimiento burgués o monárquico que otros se proponían.

Alemania está asegurada hoy contra el peligro, a pesar de las continuas tentativas de la organización de criminales de Moscú

para pasar de contrabando sus agentes y su material de propaganda desmoralizadora; en cambio, tenemos el convencimiento de que gran parte del mundo que nos rodea se halla amenazado.

No existe en realidad nada más adecuado para que apoyemos con todas las fuerzas la idea nacionalsocialista que la visión clara de estar rodeados de un mundo que poco a poco se sale de sus actuales cauces políticos y económicos. Comprobamos como un hecho amargo lo que otros afirman no ver sencillamente.

El mundo se encuentra en un estado de revolución progresiva, cuya dirección y preparativos espirituales y materiales parten indudablemente de los dirigentes del bolchevismo judío de Moscú.

Ya sabéis, compañeros y compañeras de Partido, que si yo presento este problema deliberadamente como *judío*, es porque estoy convencido de que ello no es una suposición gratuita, sino una realidad absolutamente comprobada.

La inercia humana hace creer a la mayoría de individuos que una situación determinada ha existido siempre y va a continuar así. Cuanto menor es la capacidad para una visión histórica real, tanto más difícil es volver la vista hacia atrás y deducir de ello conclusiones para el futuro.

Los hombres débiles, sobre todo, se caracterizan por su miedo a reflexionar sobre transformaciones cuyo final es probablemente poco de desear, porque puede ser desfavorable. De ahí que para los espíritus poco fuertes sea lo más sencillo considerar la situación en un momento dado, no sólo como la que siempre ha existido, sino además como la que seguramente va a persistir mucho tiempo.

Frente a esta inercia o miedo a razonar con vistas al futuro, está la visión histórica, es decir, la conciencia y responsabilidad de todos los que no sólo saben que la vida de los pueblos sigue las leyes de una evolución natural, sino que además, por su conocimiento de la historia nacional y universal, son aptos para pensar lógicamente sobre las causas y condiciones de la prosperidad o decadencia de su pueblo.

Cada uno de vosotros conocéis ya perfectamente los motivos que determinan la formación de las naciones y de sus representaciones estatales. Seguramente habréis llegado a la conclusión

fundamental de que la humanidad evoluciona sin descanso y de que la causa esencial de ello radica en los fuertes instintos de conservación y reproducción que la Providencia ha deparado a la especie humana.

El estudio histórico consciente comprueba además que el sostenimiento de la especie humana sigue en general el mismo camino que la naturaleza emplea de ordinario. Se ponen en juego los mismos instintos y energías elementales de autoconservación, comunes a todas las demás especies de nuestro planeta. Ellos condicionan la lucha por la existencia, y, por lo tanto, el camino que sigue la humanidad.

La suposición de que este instinto natural de conservación pueda desaparecer de repente (por ejemplo, durante una fase determinada de la rotación de la Tierra alrededor del Sol) o ser suprimido artificialmente, constituye una falta de comprensión histórica y sobre todo científica. Unicamente en un caso así, podría intentarse la sustitución de las leyes omnipotentes de la naturaleza, que rigen desde que comenzó la vida en nuestra tierra, por los artículos de una Sociedad de Naciones o de un estatuto ginebrino. Pese a todos, en la lucha por la existencia de la humanidad regirán para el futuro y como hasta ahora, las férreas leyes naturales de la conservación y sostenimiento de la vida.

Del mismo modo que la lucha por la existencia persiste igual que antes, así también otros procesos, como la formación de pueblos, la fundación de Estados y el desarrollo de grandes colectividades tiene lugar siguiendo normas preestablecidas.

Hoy día sabemos que la institución perfeccionada que llamamos «Estado» se ha formado en el curso de varios milenios y no como resultado de un contrato social generalizado y subrayado libremente, sino como consecuencia de un proceso evolutivo cuyo principio y final se fundan en el derecho más natural de este mundo, a saber: el derecho y la capacidad de la fuerza, de la voluntad y del espíritu heroico.

Todos nuestros países europeos se han originado a partir de pequeños núcleos raciales, que sin embargo, por ser los más robustos, son los que han determinado su configuración definitiva.

Este hecho se comprueba sobre todo con gran crudeza en aquellos Estados que, aun en nuestra época, no presentan equilibrio entre la masa popular y las fuerzas que la moldean y dirigen, ya sea porque ello no ha sido todavía posible o ya, más probablemente, porque no se ha intentado siquiera. Un Estado de este tipo es *Rusia*.

Un pequeño grupo de distinta raza, es decir, no eslavo, constituyó allí, a partir de colectividades más o menos pequeñas, un Estado gigantesco aparentemente inquebrantable, pero cuya mayor debilidad consistió siempre en la discrepancia entre el número y valía de los elementos directores de raza no rusa y el de los elementos propiamente rusos, es decir, nacionales.

De ahí que en este caso haya sido posible con éxito la penetración y la ofensiva de otro núcleo racial, que, a diferencia de la antigua dirección oficial del Estado, se ha presentado intencionadamente con el disfraz de Gobierno nacional.

La minoría judía, cuya cifra es ínfima al lado de la población rusa, ha conseguido desplazar en aquel país a los dirigentes y gobernantes que hasta entonces tenía, aprovechando el asalto al poder del proletariado ruso propiamente dicho.

Precisamente por eso la Rusia actual no se diferencia en nada de la Rusia de hace doscientos o trescientos años. Existe la dictadura brutal de una raza extraña que ha conquistado en absoluto el dominio sobre todo lo ruso y que actúa de acuerdo con ello.

Como este proceso de formación de un nuevo Estado sólo ha tenido lugar en Rusia, podría considerársele, igual que otros parecidos, simplemente como una realidad histórica y resignarse ante el hecho consumado.

Pero como el núcleo racial judío procura lograr en otros pueblos fenómenos parecidos y considera para ello a la Rusia actual como su punto de apoyo y base de maniobras para expansiones futuras, de ahí que este problema adquiera importancia mundial y tenga que decidirse de uno u otro modo.

Ya conocéis, compañeros y compañeras de Partido, el camino que sigue hasta ahora este notable fenómeno de nuestra época.

Sin ser llamada, la raza judía penetra en los países y procura

conseguir cierta influencia económica como agrupación de negociantes que se dedica fundamentalmente al comercio e intercambio de mercancías.

Este proceso va seguido poco a poco, al cabo de siglos, de reacciones intensas por parte del pueblo huésped contra la potencia económica de los invasores. Esta defensa natural acentúa en los judíos la tendencia a simular una lenta asimilación que les sustrae de ser atacados como raza extranjera y además les permite intentar conseguir una influencia directa de tipo político en el país en cuestión.

Los peligros de este proceso pasan desapercibidos a muchos, en parte debido a intereses económicos y en parte a su inercia burguesa congénita. Las palabras de alarma de personas sensatas e influyentes no quieren escucharse, como ya es sabido que ocurre siempre en la historia cuando las consecuencias de un aviso son de naturaleza desagradable.

De este modo, y operando con el mismo idioma que el pueblo que la hospeda, consigue la raza judía adquirir cada vez más predominio en la evolución política de aquél, a partir de su influencia comercial. Actúa para ello, tanto en los palacios de los príncipes como en el ambiente de sus oposiciones.

A medida que por sus actividades consigue debilitar la posición de una monarquía dinástica, ya quebrantada antes poco a poco por otros motivos, desplaza sus intereses en sentido de favorecer más los movimientos populares de tipo democrático. Y precisamente la democracia es la condición previa indispensable para que se organicen las agrupaciones terroristas que conocemos con los nombres de social-democracia, partido comunista e internacional bolchevique.

En la democracia el instinto natural de defensa es ahogado poco a poco por mil formulismos y sobre todo porque se procura intencionadamente que los representantes del Estado sean lo más débiles posible; en cambio, en los movimientos revolucionarios radicales se desarrolla la vanguardia de la revolución judía universal.

Las flaquezas sociales y económicas contribuyen a facilitar la

acción disolvente de la internacional bolchevique organizada exclusivamente por elementos judíos.

En esta fase se repite el mismo proceso que en la anterior; mientras una parte de los «conciudadanos judíos» desacredita la democracia valiéndose sobre todo de la Prensa o bien degenerándola mediante acoplamientos con elementos revolucionarios en forma de frentes populares, otra parte del judaísmo introduce la antorcha de la revolución roja en el seno del mundo democrático burgués sin temor a una defensa efectiva por parte del mismo.

El objetivo final entonces es la revolución bolchevique propiamente dicha, que no es la creación de un Gobierno dirigido por proletarios, sino la sumisión del proletariado al mando de sus nuevos amos de raza extranjera.

Tan pronto como la masa excitada, salvaje y enloquecida, junto con los elementos asociales liberados de cárceles y presidios, ha exterminado y llevado al patíbulo a los representantes de la inteligencia natural de su mismo pueblo, queda sólo el judío como último y mísero portador de conocimientos intelectuales.

Porque una cosa hay que recalcar aquí y es la siguiente: ¡La raza judía no es superior a las demás ni espiritual ni socialmente, sino al contrario, muy inferior desde uno y otro punto de vista! La falta de escrúpulos y de conciencia no pueden equipararse jamás a una disposición verdaderamente genial.

Comparad, compatriotas, la importancia del judaísmo en el comercio y las obras y descubrimientos ciertamente valiosos de la humanidad debidos a fantasía creadora, genialidad y trabajo positivo. Si tenemos en cuenta que lo fundamental no es ocuparse de hechos, sino de crearlos, nos formaremos idea del verdadero valor de los judíos.

En algunos países pueden ocupar el noventa por ciento de los cargos de la inteligencia, pero no han descubierto, creado o engendrado los elementos básicos de la ciencia, de la cultura, del arte, etcétera. Pueden apoderarse del comercio merced a ciertas maniobras, pero el fundamento del mismo, o sea la producción, no ha sido descubierta o desarrollada por judíos.

Se trata de una raza que carece en absoluto de potencia crea-

dora, y por esto, para dominar a perpetuidad en algún sitio necesita exterminar primero sangrientamente a las clases directoras que hasta entonces han regido. De lo contrario sucumbiría pronto a su superior inteligencia. En lo que respecta a verdadero trabajo, siempre han sido y serán los judíos unos chapuceros.

¿Y cómo, a pesar de las profecías de nuestros sabios críticos, ha liquidado el nacionalsocialismo a estos ignorantes enfatuados? A título de demócratas no han sabido aprovechar las posibilidades que la democracia les ofrecía, y como social-demócratas no han sabido conducir a las masas. A pesar de estar interesados en nuestra economía no han impedido su ruína, y una vez planteada no han sabido sacar de ella las consecuencias lógicas a título de comunistas. Todo ello ha ocurrido porque enfrente tenían al nacionalsocialismo que conocía sus intenciones.

Ello es un motivo más para que los nacionalsocialistas estemos tan convencidos de la solidez de nuestro Estado. En cambio, creemos que parte del mundo exterior está amenazado, porque intencionadamente no quiere enterarse de este problema y sobre todo no quiere ver que la dictadura del proletariado no es más que la dictadura del intelectualismo judío.

El año pasado hemos podido demostrar con una serie de pruebas estadísticas impresionantes, que en la Rusia soviética actual del proletariado, más del noventa y ocho por ciento de las plazas importantes están ocupadas por judíos. Esto significa que no dicta el proletariado, sino aquella raza cuya estrella de David constituye también, a fin de cuentas, el símbolo del llamado Estado proletario.

En oposición a ello podemos comparar la situación de Alemania, en donde indudablemente, gracias al nacionalsocialismo, se eligen y se preparan para la dirección del Estado a las mejores inteligencias, sin distinciones personales, familiares o económicas.

Mucho ha escrito ya la prensa judía internacional y también la de la Rusia soviética, es decir, la del soviet judío, pero nada ha dicho respecto a la realidad estadística de que la dirección del llamado «Estado de los obreros y campesinos» está por completo en manos de judíos. Sobre este punto tiene que callar, porque no

hay posibilidad de mentir o de falsear algo, y además existe el peligro de que los demás pueblos se enteren de la verdad.

Nosotros hemos presenciado en Alemania algo semejante. ¿Quiénes eran sino los dirigentes de nuestro soviet bávaro?

¿Quiénes eran los jefes de los espartaquistas? ¿Y quiénes los verdaderos directores y socios capitalistas de nuestro partido comunista? ¡Todos eran judíos! Esto no lo pueden negar o desvirtuar ni los más benévolos demócratas del mundo.

¡Así ha ocurrido en Hungría y así ocurre también en la parte de España que hasta ahora no ha sido todavía reconquistada por el verdadero pueblo español!

No existe tampoco ninguna duda respecto a que en todo el mundo, no son los fascistas, sino los elementos judíos los que intentan quebrantar las democracias. Asimismo es seguro que uno de los medios que emplean para ello es el aniquilamiento de la producción nacional.

Si alguien destruye intencionadamente con determinados procedimientos la economía de un país y origina de este modo una escasez general de productos, ello sólo puede tener como razón la de intentar aprovecharse del descontento resultante para fines políticos.

Durante decenios ha utilizado el judaísmo en nuestro país a los partidos proletarios marxistas como ariete de asalto, pero no contra los parásitos de la vida nacional y económica, sino al contrario, siempre al servicio de ellos y contra la producción nacional. Ha arruinado esta última hasta conseguir que hubiese en la calle siete millones de obreros sin trabajo.

Todo ello se ha hecho sólo con la esperanza de constituir por fin con estos siete millones el ejército revolucionario bolchevique, que exterminaría la inteligencia nacional de nuestro pueblo, del mismo modo que se intenta hoy hacerlo en España y se ha hecho ya en Rusia.

Es curioso que en esta lucha por la justicia social, que precisamente organizan y dirigen los judíos, no se ataque a ninguno de ellos por considerarlo elemento perjudicial. Sólo cuando los jefes nacionales ya han desaparecido, comienzan a manifestarse los más

bajos instintos de los judíos, y entonces, como hoy ocurre en la Rusia soviética, se persiguen y exterminan mutuamente los jefes del movimiento más miserable que ha conocido la humanidad.

Esta aparente revolución social que conduce a someter los pueblos a la dictadura brutal de la raza judía y que además pretende ampliar su campo de acción a todo el mundo, no sólo interesa a los afectados directamente, sino también a todos los que indirectamente están amenazados por ella.

¡Esto rige para Alemania!

En el año transcurrido hemos podido apreciar hasta la saciedad lo necesario que es ocuparse de este problema.

Ya sabéis que en España este bolchevismo judío ha procedido de modo análogo, llegando por medio de la democracia a la franca revolución. El aserto de que allí los opresores bolcheviques son los representantes del poder legítimo, y en cambio los defensores de la España nacional son los revolucionarios ilegales, es un gran falseamiento de los hechos.

¡No!, los hombres del general Franco son la España verdadera y eterna, mientras que los usurpadores de Valencia son la tropa internacional revolucionaria pagada por Moscú, que hoy actúa en España y mañana quizá lo hará en otro país.

En la prensa de las democracias del Occidente de Europa y en los discursos de muchos de sus políticos leemos y escuchamos una y otra vez lo grandes que son los territorios que les interesan. Los representantes de estos Estados consideran lo más sencillo y natural que sus intereses se extiendan no sólo a cada mar y a cada país de Europa, sino también a los mares y países de Ultramar.

En cambio, surge en seguida la indignación cuando un pueblo que no pertenece a este grupo exclusivo de propietarios internacionales se atreve a hablar también de determinados intereses situados más allá de sus propias fronteras. En contra de esta arrogante pretensión voy a decir lo siguiente:

Desde Francia e Inglaterra se afirma repetidamente que poseen intereses sagrados en España. ¿De qué clase son? ¿Se trata de intereses políticos o económicos? Si se trata de los primeros,

no los comprendemos, como tampoco comprenderíamos que alguien afirmase tener intereses políticos en Alemania.

Sea quien sea el que gobierne Alemania, eso no interesa a nadie más que a nosotros, salvo que ese régimen pretenda agredir a otros Estados o los haya atacado ya realmente.

No tenemos inconveniente en aceptar que Francia e Inglaterra puedan tener determinados intereses económicos en España, pero sí queremos recalcar que nosotros también los tenemos, o sea dicho en otros términos:

La Alemania nacionalsocialista vigila con la mayor atención el intento revolucionario judío en España y ello por dos motivos:

Primero.—Del mismo modo que Francia e Inglaterra no desean un desplazamiento del equilibrio europeo hacia Italia o Alemania, por ejemplo, tampoco nosotros lo deseamos en el sentido de aumentar la potencia bolchevique, puesto que si en Italia domina el fascismo, ello constituye un asunto puramente italiano-nacional y es una necedad el suponer que esta Italia fascista reciba órdenes o indicaciones de una organización situada más allá de sus fronteras.

Todavía es más necia la afirmación de que esta Italia fascista forme parte de una entidad fascista internacional de mayor envergadura. Por el contrario, la esencia de las doctrinas políticas fascistas y nacionalsocialistas lleva consigo el que su ideología y su campo de acción queden limitadas a las fronteras de sus respectivos países.

Asimismo es seguro que la España nacional tendrá un carácter genuinamente español, mientras que no puede negarse que el bolchevismo es intencionadamente internacional y sólo posee una dirección con secciones subordinadas a la misma.

¡Exactamente igual que Francia e Inglaterra pretenden estar inquietados por la idea de que España pueda ser invadida por Italia o Alemania, así también nosotros estamos aterrados ante la posibilidad de que Rusia lo haga! No hace falta que esa conquista sea precisamente una ocupación por tropas ruso-soviéticas, sino que basta, y con ello se trata ya de un hecho consumado, que la España bolchevizada constituya una hijuela o parte integrante de la central rusa bolchevique y reciba de Moscú tanto instrucciones

políticas como subvenciones materiales. En principio, creemos que toda tentativa para ampliar el campo de acción del bolchevismo constituye fundamentalmente un desplazamiento del equilibrio europeo. ¡Y del mismo modo que Inglaterra está interesada en impedir un desplazamiento según su criterio, también nosotros procuraremos evitarlo, según el nuestro!

En relación con todo lo dicho, hemos de rechazar categóricamente los consejos de determinados hombres de Estado sobre la naturaleza de un desplazamiento en el equilibrio europeo de tipo bolchevique, porque no están bien enterados de este asunto y no han tenido ocasión, como desgraciadamente nosotros, de acumular experiencias prácticas sobre el particular.

Segundo.—No menos importante es el hecho de que un desplazamiento político de carácter bolchevique significa una evolución económica de consecuencias catastróficas para los Estados europeos tan íntimamente relacionados entre sí.

En efecto, ya sabemos que el primer resultado de toda revolución bolchevique no es un aumento de la producción, sino al contrario, una destrucción global de todos los valores y funciones económicas existentes en los países afectados por ella. Ahora bien, la experiencia ha demostrado que el mundo no vive de conferencias de economía mundial sostenidas de cuando en cuando en algún sitio, sino del intercambio de sus géneros y, por lo tanto, en primer lugar de la producción de los mismos. Si, debido a una locura criminal, se destruye poco a poco la producción en algunos Estados, las consecuencias no podrán evitarse por medio de conferencias económicas mundiales y además afectarán obligadamente a pueblos que, si bien dentro de sus fronteras están asegurados contra el bolchevismo, por sus conexiones económicas con los países invadidos van a perder importantes relaciones comerciales. Prácticamente poseemos ya innumerables experiencias sobre el particular. En cuanto empezó en España el bolchevismo, se alteró de tal modo la producción nacional, que inmediatamente disminuyó nuestro intercambio comercial con ella. Si se nos objeta que otros países hacen todavía buenos negocios con la España roja, diremos que sus envíos son pagados con oro y que éste no ha sido ganado por el

bolchevismo, sino que constituye el valor del trabajo nacional español anterior, que ha sido robado por los bolcheviques y enviado al extranjero.

¡A base del mismo no puede organizarse, sin embargo, un comercio sólido y permanente, porque éste ha de basarse en un intercambio de valores reales y no en negocios sucios o con productos del robo!

¡La producción de valores reales es destruída completamente por el bolchevismo en el primer momento, y luego (como lo prueba el caso de la Rusia soviética) hacen falta más de veinte años para que se restablezca en cierto modo, a base de un nivel de vida verdaderamente miserable de los trabajadores! Esto quizá no interese, por ejemplo, a la rica Inglaterra y además es posible que le tenga absolutamente sin cuidado el que España se transforme en un desierto y económicamente sea arruinada o no por el ya conocido caos bolchevique. En la cuestión española puede ser que Inglaterra actúe sólo desde un punto de vista político, mientras que para nosotros, que no podemos desplazar nuestro comercio a un Imperio propio, constituye Europa, tal y como hoy está constituída, una de las condiciones indispensables para la propia existencia. Una Europa bolchevique imposibilitaría cualquier política comercial de nuestro Estado, y no porque nosotros no quisiéramos negociar, sino porque no tendríamos con quien hacerlo.

Esto es desde nuestro punto de vista una cuestión de importancia vital y no un motivo para consideraciones teóricas, lamentaciones morales o protestas internacionales, sobre todo si tenemos en cuenta, respecto a las instituciones internacionales, que no creemos un solo momento poder obtener de ellas más que discursos, pero ninguna ayuda práctica.

Sabemos con absoluta seguridad que si España se vuelve ahora roja del todo y este movimiento se corre al resto de Europa o si ello ocurre más adelante, como los propios bolcheviques desean y afirman que va a ocurrir fatalmente, Alemania sufrirá una grave catástrofe económica, ya que necesita mantener con los países europeos un intercambio de mercancías para el sostenimiento vital de su propio pueblo. Ahora bien, este intercambio sólo es posible

si los países en cuestión producen géneros en condiciones normales y regulares. En el momento en que esta producción cesase debido a la catástrofe bolchevique, Alemania sufriría también graves perturbaciones económicas.

Todos estamos convencidos de que frente a una evolución de tal índole la Sociedad de Naciones ginebrina desempeñaría un papel tan pobre como en su tiempo nuestro Parlamento federal de Francfort. Cada día vemos lo poco que puede esperarse de tales ayudas internacionales.

Apenas comenzó en España la revolución bolchevique, no sólo disminuyó en seguida el comercio con Alemania, sino que además quince mil y pico de súbditos alemanes tuvieron que abandonar el país, destrozado por los disturbios interiores. Sus comercios fueron saqueados, sus círculos en parte incendiados, los colegios alemanes destruídos y la fortuna de todos estos hombres laboriosos, fruto de muchos años de trabajo honrado, fué aniquilada de un solo golpe. Estoy seguro que la Sociedad de Naciones no los va a indemnizar y tampoco vamos nosotros a pedirlo, conociéndola como la conocemos. La Sociedad de Naciones tiene, ya lo sabéis, asuntos y problemas peculiares. ¡Desde hace años se preocupa, por ejemplo, de ayudar a las diversas emigraciones judías y marxistas, conservándolas así en vida!

¡Yo me limito simplemente a citar hechos! De ahí que tengamos gran interés en evitar que la peste bolchevique se extienda por Europa. Por otra parte, claro está que en el curso de la historia hemos tenido desacuerdos con la *Francia* nacional, pero lo cierto es que de algún modo y manera, formamos parte de la gran familia de los pueblos europeos, sobre todo cuando reflexionamos en nuestra vida interior. Entonces no quisiéramos perder o ver desaparecer a ninguna de las verdaderas naciones europeas cultas. No sólo nos hemos proporcionado mutuamente sinsabores y desgracias, sino también estímulos considerables. Lo mismo nos hemos dado ejemplos y enseñanzas que muchas alegrías y cosas bellas. ¡Si somos justos, tenemos menos motivos para odiarnos que para admirarnos!

En este conjunto de naciones europeas cultas *el bolchevismo*

judío internacional constituye en absoluto un *cuerpo extraño* que no contribuye para nada a nuestra economía o cultura, que sólo produce desconcierto, que no puede acreditar ninguna obra positiva en Europa o en el mundo entero y que en lugar de ello sólo lucha con estadísticas de propaganda, cifras falsas y carteles demagógicos.

No quiero dejar de contestar aquí a los que predicán con insistencia la necesidad de relaciones económicas internacionales y de su continuo perfeccionamiento, y de paso hablan de la solidaridad entre las naciones, pretendiendo que la Alemania nacional-socialista quiere llegar a un aislamiento en este sentido.

Ya he recalcado cuan grande es el error de los políticos o periodistas que creen en esto sinceramente. La realidad práctica lo desvirtúa por completo, pues no tenemos el menor deseo o intención de volvernos ermitaños desde los puntos de vista político o económico. ¡Alemania no se ha aislado en absoluto, ni política ni económicamente! Por el contrario, políticamente procuramos colaborar con todos los que desean realmente una Europa mancomunada. ¡En cambio nos negamos por completo a dejarnos acoplar con los que desean destruir a Europa y no reparan en afirmarlo en su programa!

A pesar de sentirnos asegurados contra este peligro, nos parece, sin embargo, un contrasentido el que para garantizar la solidaridad europea se pacte con gentes que precisamente se proponen destruirla.

El negarse a colaborar con tales elementos no puede llamarse aislamiento, sino ponerse a cubierto de un peligro. En cambio, estamos firmemente decididos a buscar y encontrar una inteligencia con todos aquellos que no sólo hablan de solidaridad, sino que además la quieren de veras y comprenden bajo este nombre a una colaboración positiva de sentido constructivo y no a una negativa de destrucción total. Todavía más insensato es el reproche de que buscamos un *aislamiento económico*. Me parece que las cifras de nuestro balance comercial son la mejor refutación de este parecer simplista que no tiene ningún fundamento. Aunque nuestro comercio no aumentase, no por ello íbamos a desear un aisla-

miento económico, sino que todo lo más lo sufriríamos en contra de nuestros anhelos.

Este aislamiento económico sobrevendrá, sin embargo, fatalmente, tan pronto como Europa se vuelva bolchevique. ¡Por otro lado presenciamos el espectáculo gracioso de que precisamente la Prensa de los países en que se nos aconseja una y otra vez que participemos más en la economía mundial, empieza a protestar en seguida que sabe, por ejemplo, que tenemos negocios con la España nacional, que le suministramos máquinas y otras cosas a cambio de materias primas y víveres! ¡Precisamente en tal caso hacemos lo que estos apóstoles de la economía mundial predicán continuamente! ¿Por qué, pues, esta brusca indignación? Sabemos demasiado bien los motivos íntimos de tal conducta.

Es la rabia porque no estamos dispuestos de ningún modo a importar nuevamente en Alemania como mercancía comercial a aquella infección marxista que ya en una ocasión nos llevó al borde del abismo. Esta clase de intercambio la rechazamos en absoluto. Es también el disgusto al observar que no nos aislamos, sino que por el contrario, encontramos firme apoyo en Estados con ideales parecidos y Gobiernos que piensan y proceden de modo semejante a nosotros. A esto sólo puedo agregar que para Alemania es imposible otra orientación.

Ello es debido a que nosotros tenemos mayor interés por Europa de lo que quizá otras naciones necesitan. Nuestro país, nuestro pueblo, nuestra cultura y nuestra economía, han brotado de las condiciones europeas generales. De ahí que seamos enemigos de toda tentativa para introducir en la familia de los pueblos europeos a elementos de disgregación y destrucción, ya sea aisladamente o ya en conjunto.

Además, para nosotros alemanes es sencillamente intolerable que Europa pueda ser dirigida o regida precisamente por Moscú. Sólo lamentamos y además nos sorprende, que en otros Estados esta pretensión insolente sea tolerada a título de adelanto político. La sola idea de que nuestro país fuera a recibir normas de una nación de tan baja cultura, sería vergonzosa y ridícula.

También sería una pretensión insoportable la de que el gremio

criminal e incivilizado de los judíos bolcheviques internacionales fuera a regir desde Moscú a una nación de tan antigua cultura como Alemania. Para nosotros Moscú sigue Moscú y Rusia soviética Rusia soviética. ¡Nuestra capital se llama Berlín, y por lo demás, Alemania sigue siendo, gracias a Dios, siempre Alemania!

No hay que hacerse tampoco ninguna ilusión respecto a lo siguiente:

El nacionalsocialismo ha expulsado del interior de Alemania al peligro bolchevique. Ha procurado que el desecho de literatos judíos extranjeros no dirija al proletariado, es decir, al trabajador alemán, y que nuestra nación comprenda su destino y halle su propio gobierno. Además ha vacunado a nuestro pueblo y por lo tanto al Reich, contra una infección bolchevique.

Por otra parte, tampoco vacilaremos un momento en responder con los medios más decisivos a cualquier nuevo ataque interior contra la soberanía del pueblo alemán. Nosotros, los nacionalsocialistas, hemos crecido en lucha con este enemigo. En un plazo de quince años lo hemos destruido en Alemania desde los puntos de vista espiritual, ideológico y político. No han podido detener nuestro triunfo ni los múltiples asesinatos y demás actos de violencia, ni el apoyo que le prestaban antes los gobiernos marxistas del Reich.

Procuraremos celosamente que nunca más vuelva a cernerse un peligro de tal índole sobre Alemania. Si alguien desde fuera se atreviese a querer introducirlo, debe saber que el Estado nacionalsocialista posee también hoy día las armas necesarias para dominar rápidamente una tentativa así. El mundo no ha olvidado seguramente aún que hemos sido buenos soldados y, puede creernos, hoy lo somos mejores. Nadie debe dudar que el Estado nacionalsocialista luchará por su existencia contra cualquier fanatismo exterior del mismo modo que antes lo hizo el imperio burgués.

La época de la debilidad parlamentaria del pueblo alemán ha pasado y no volverá más. Ahora tenemos el gran deseo de que la fortuna nos depare paz durante el tiempo necesario para terminar nuestra gran regeneración interior y nuestra obra de reconstrucción, sobre todo en el seno de una Europa más razonable. ¡No tenemos

la intención de obligar a nadie a que acepte nuestros pensamientos e ideales, pero tampoco debe probar nadie el imponernos los suyos! ¡Sobre todo el sovietismo criminal de Moscú ha de procurar no extender más su barbarie, a fin de que no nos haga también a la postre desgraciados! Ha terminado ya la época en que se nos podía exigir todo por estar indefensos.

Las bombas que cayeron en nuestro acorazado hace algún tiempo, no sólo tocaron el nombre de «Alemania», que era el del buque, sino que además fueron contestadas por la verdadera Alemania del mismo modo que lo será en lo sucesivo cualquier tentativa de esta clase. Todavía hace algunos meses no ha querido comprender Inglaterra la necesidad de este acto de propia defensa.

Es interesante para nosotros observar ahora cómo en poco tiempo la opinión inglesa ha cambiado por completo, y en lugar de su criterio anterior mantiene principios parecidos a los que nosotros pusimos en práctica entonces. Claro es que en esta ocasión las víctimas de los submarinos rojos han sido buques ingleses. Alemania está hoy detrás de su ejército, del mismo modo que el ejército se encuentra delante de la Nación.

Alemania no es hoy un concepto abstracto, sino un tesoro sagrado que es llevado profundamente en el corazón de millones de hombres con amor fervoroso. Nunca en nuestra historia ha estado todo el pueblo alemán tan unido en un Reich como actualmente. Siempre han existido antes diferencias o prejuicios de origen familiar, religioso, dinástico y últimamente de partido político. La época de estas salvedades ha terminado. Nuestro pueblo está entregado sin condiciones al nacionalsocialismo y al Estado nacionalsocialista.

La ideología y disciplina nacionales se encuentran identificadas. La orientación espiritual y la dirección estatal de la Nación están robustecidas por la firme voluntad política. Los días del Congreso en Nuremberg han demostrado de modo indudable que todo ello tiene su complemento en la actitud interna y externa del pueblo alemán. Durante ocho días habéis presenciado la confirmación evidente de un esfuerzo y trabajo de verdadera importancia histórica.

Hace diez años, cuando los nacionalsocialistas nos reunimos por primera vez en esta ciudad para celebrar el Congreso del Partido, éramos sólo un pequeño grupo de idealistas, en parte desconocidos y en parte mal reputados. Pensábamos entonces en un nuevo Estado que representaría en el poder a un pueblo alemán regenerado interiormente. Hoy, después de diez años, se han fusionado el pueblo y el Estado del modo que antes soñamos.

A nuestro alrededor sufren muchos países los trastornos revolucionarios que ya conocemos de antes, o bien experimentan un desconcierto e inseguridad de ideologías que conduce a no comprender bien su misión; en cambio, la nueva Alemania posee, no sólo una organización estatal unificada, sino además el convencimiento de la veracidad de su mundo ideológico y de su misión racial.

En estos días han desfilado ante vosotros muchos cientos de miles alineados como si fuesen soldados de los mejores regimientos. Sin embargo, esto no es lo decisivo, sino el que hayan venido voluntariamente, llevados por la consonancia de sus almas y por la idéntica orientación de su voluntad. Esta actitud es la que conduce al cuadro exterior admirable de unidad. Habéis visto varios cientos de miles, pero ellos sólo constituyen la vanguardia del gran ejército popular alemán, que durante estos días ha estado espiritualmente detrás de los mismos.

En efecto, cada nacionalsocialista que aquí ha luchado en el Campo de Deportes o ha desfilado por las calles, va acompañado en su camino por el corazón de innumerables camaradas de los pueblos, fábricas y talleres que tienen amistad con él y que si bien no han podido venir a Nuremberg, se hallan espiritualmente en esta ciudad.

No son en realidad cien mil jefes políticos o cien mil miembros de las secciones de asalto o cuarenta mil miembros del Servicio de Trabajo o una parte de la Juventud Hitleriana, los que aquí hemos visto desfilando estos días por Nuremberg, sino millones de hombres y mujeres de todas las formidables organizaciones de nuestro Partido: es todo el pueblo alemán. Aquí sólo ha comparecido una pequeña representación.

También detrás de los soldados que acaban de pasar se encuentra nuestro ejército nacionalsocialista y toda la fuerza armada de la nación alemana. Habéis visto el extremo de la espada que defiende nuestra patria y es propia de todos.

El hecho de que Alemania haya vuelto a recobrar tal esplendor no es fruto de la casualidad, sino resultado de tanta reflexión y valor, como aplicación y trabajo. Los diecisiete años que han transcurrido desde el comienzo del movimiento representan una obra inmensa. Es fácil admirar hoy día el resultado global pero difícil entrever la cantidad de trabajo, sacrificios, asiduidad y energía que ha sido necesaria para conseguir este resultado.

¡Hay que hacerse cargo, por ejemplo, de lo que representan ya sólo cien mil hombres! Aquí los hemos visto, grupo por grupo, unidad por unidad, compañía por compañía, batallón por batallón y regimiento por regimiento. Sin embargo, detrás de ellos están organizados del mismo modo millones de camaradas y soldados, que en pocos años se han creado y han surgido en parte de la nada, de la confusión y la ruína.

Esta misma potente manifestación es resultado de una labor inmensa. En vista de un resultado tan brillante de capacidad y aplicación humanas, ¿comprendéis, compañeros de Partido, por qué hemos dado a esta fiesta el nombre de *Congreso del Trabajo*?

No puedo terminar este discurso sin dar las gracias a todos los que me han ayudado en esta labor y que con su colaboración han hecho posible la obra considerable de reorganizar el Reich. Ya lo sé: cientos de miles y millones de hombres y mujeres han hecho a ciencia y conciencia un supremo esfuerzo para salvar a Alemania.

Las energías de unos se emplean en organizar el Reich, las de otros se gastan en su grupo o compañía. Lo mismo si se trata de jefes políticos, de oficiales o empleados, de combatientes o de soldados, todos ellos pueden darse la mano al final de un episodio de tanta grandeza, con la satisfacción común de haber cumplido un gran deber respecto a su pueblo.

Del mismo modo hay que dar las gracias de todo corazón a numerosas mujeres alemanas por su ayuda comprensiva, y espe-

cialmente a las madres, que con el regalo de sus hijos han dado el sentido final y el valor más hermoso a la lucha de una generación.

Quiera el Todopoderoso ayudarnos en lo futuro, como hasta ahora lo ha hecho, para que podamos cumplir nuestros deberes y salir airoso de nuestra misión ante el pueblo alemán y ante la historia.

Dentro de pocas horas correrán los trenes hacia las diversas comarcas alemanas con los cientos de miles de participantes del Congreso. Los campesinos y sus hijos volverán a las aldeas, los trabajadores, funcionarios y empleados a las fábricas y oficinas, los soldados a los cuarteles, los chicos a las escuelas...

Todos ellos, sin embargo, recordarán con gran emoción este gran espectáculo del Partido y del Estado nacionalsocialistas.

Y todos ellos llevarán consigo la gloriosa impresión de haber sido otra vez testigos del enaltecimiento interno y externo de su pueblo. Sin embargo, no deben perder de vista que ello constituye por fin la realización histórica de las esperanzas de miles de años y de las plegarias de muchas generaciones, así como de la fe y confianza de numerosos grandes hombres de nuestro pueblo.

¡Por fin se ha constituido el Reich germánico de la nación alemana!